

## CAPÍTULO VIGÉSIMO

Una excursión nocturna á San Pedro.—Primera visita al interior de la Basílica.—  
Nuestro alojamiento.—Las casas en Roma.—En casa del Cónsul Angelini.—Ex-  
cursión por la ciudad.—Una visita al *Colosseo*.—¡Al Vaticano!—El Patio de San  
Dámaso.—En la Capilla Sixtina.

HEMOS consagrado el anterior capítulo á la manifesta-  
ción de las impresiones religiosas que recibimos al  
llegar á Roma, y al presentarnos delante del Vicario  
de Jesucristo en los días 13 y 14 de Mayo. Ocupados sólo de  
nuestra individualidad en relación con los grandes aconte-  
cimientos de esos memorables días, abandonamos por un  
momento nuestro papel de cronista, que debemos seguir  
desempeñando, para dar cuenta al lector de lo demás que  
vimos y presenciarnos, y referir todos los detalles de esos  
importantísimos actos en sí, y con relación á la Romería.  
En suma, habíamos dejado la pluma del historiador, para  
que hablase un poco el creyente. Reanudaremos ahora el  
hilo de nuestra narración, á trueque de hacer algunas repe-  
ticiones indispensables.

Instalados en nuestro alojamiento en la noche de nuestra  
llegada, nos tomamos un breve rato para descansar. Serían  
las nueve, cuando excitados por el vehemente deseo que te-  
níamos de ver San Pedro, aunque fuese no más por el exte-  
rior, nos dirigimos á los dos compañeros que con nosotros se  
hallaban.

—Amigos míos, les dijimos: no se puede permanecer en



Roma una noche, sin visitar la gran Basílica. Aun cuando ya debe estar cerrada, yo no quiero resistir á la tentación de ir á verla por fuera. ¿No gustan vdes. de que vayamos?

—Tarde es, respondió uno de ellos, Joaquín Pardo, y no encontraremos coche que nos conduzca. A pie no podemos ir, porque ignoramos cuánto dista de aquí la Basílica, y nos expondríamos á extraviarnos por esas calles.

—Yo creo, dijimos, conocer la ciudad no obstante que es la primera vez que vengo, y estoy seguro de poder guiar á ustedes. Nos hallamos del lado del Tíber, en que está San Pedro. Me parece que no dista mucho el Castillo de San Angelo. Como logremos dar con este edificio, yo les ofrezco que los llevaré á San Pedro.

—Pues vamos, dijeron los compañeros, é inmediatamente nos salimos á la calle.

Nuestro alojamiento era el Palacio Módena, situado en una de las hermosas calles enteramente nuevas que se han formado en un sitio antes eriazó, llamado *Prati di Castello*, que rodeaba el Castillo, y hoy se ve poblado en su mayor parte de soberbios edificios de construcción moderna.

—¿A la derecha, ó á la izquierda? preguntó uno de los compañeros saliendo del zaguán.

—A la derecha, dijimos, con la seguridad de quien fuese á recorrer la ciudad de su residencia ordinaria.

Después de dar algunas vueltas por varias calles, nos encontramos fuera del perímetro edificado, y cerca de la orilla del río. Continuamos caminando, hasta descubrir la gran *Mole Adriana*, ó sea el Castillo de San Angelo.

—Estamos ya cerca de San Pedro, exclamamos llenos de gozo. Pronto desembocaremos al *Vorgo Nuovo* ó al *Vechio*, que son las dos calles que conducen por este lado á la Basílica.

Seguimos nuestra marcha, hasta llegar frente á la puerta del Castillo. A nuestro frente, á doscientos metros, se veía la plaza *Pia*, de donde parten las dos expresadas calles; pero viendo á nuestra derecha el magnífico puente *Aelius* ó de San Angelo, que inmediatamente reconocimos por su situación y

por las estatuas colosales que lo adornan, presa de una inexplicable alucinación, atravesamos por el puente y en seguida continuamos recorriendo calles tortuosas en la dirección que nos parecía la de San Pedro. No tardamos en reconocer que nos íbamos alejando de la Basílica. Contramarchamos, y encontrando en nuestro camino un coche desocupado, subimos en él. Pronto nos hallamos de nuevo atravesando por el puente de San Angelo, y al llegar frente al Castillo, el cochero torció á la izquierda. Momentos después, rodaba el carruaje por el *Vorgo Vechio*. A los cinco minutos nos deteníamos en medio de la Plaza de San Pedro, al pie del obelisco. Descendimos rápidamente, y á la tibia luz de las farolas de gas hidrógeno, distinguimos la inmensa mole del secular monumento. La primera impresión que se recibe mirando San Pedro y las construcciones adyacentes, no es de asombro. Un templo cuya forma ya conocíamos, pero de proporciones medianas, fué lo que se presentó á nuestra vista. Permanecimos un rato en aquel sitio, estudiando el efecto que produce la vista exterior de la primera iglesia del mundo, sin poder apreciar todavía las dimensiones de su fachada. Mas cuando nos fuimos acercando á paso lento, comenzamos á observar que el edificio iba creciendo en desmedidas proporciones; y cuando llegamos cerca de las columnas que reciben la gran cornisa del cuerpo principal, nuestro asombro no tuvo límite. Aquellas puertas tan altas como los más elevados edificios; aquellas columnas de un espesor tal que no podríamos abarcar su circunferencia los tres amigos con los brazos abiertos y las manos enlazadas. Levantamos entonces la vista más, y nos parecía perderse en el espacio el gran ático que corona la fachada y sirve de pedestal á las tres colosales estatuas de cerca de seis metros de altura, que se ven desde abajo de un tamaño poco mayor que el natural. Cuando se comienza á examinar detenidamente el grandioso templo en su maravilloso conjunto, las ideas de la extensión se pierden, y por mucha práctica que se tenga en calcular las distancias y las alturas, no se puede apreciar la magnitud del colosal edificio; mas cuando se observa en sus



detalles, cuando se acerca uno á las paredes, á las columnas, á las puertas, á las estatuas, entonces el asombro y la admiración se apoderan del ánimo, y se siente como que se está palpando lo inverosímil; como que se está tocando el ideal. Entonces se comprende lo que vale el genio; entonces se llega á estimar lo que puede la inteligencia; entonces se alcanza lo que el estudio y la perseverancia del hombre pueden obrar. Esas paredes cuyo espesor es tal que en cada uno de los huecos de sus ventanas podría formarse una sala de nuestras habitaciones; esas columnas dentro de las cuales podrían ocultarse las torres de nuestros templos; esas puertas por donde podrían ser introducidos muchos de nuestros más elevados edificios. . . . Pero no es tiempo todavía de que hagamos la descripción de esa maravilla, que merece ocupar separadamente la atención de nuestros lectores. Baste lo dicho para dar una pequeña idea de las impresiones que recibe el viajero al llegar delante del primer monumento de la Cristiandad, acaso del primer edificio del mundo.

Sueño nos parecía hallarnos en Roma y en la magnífica plaza de San Pedro; increíble juzgábamos estar tocando la realidad de lo que considerábamos un sueño en las relaciones que habíamos leído de infinidad de viajeros. Más de dos horas permanecimos allí admirando aquellas grandezas; veíamos de cerca y de lejos la fachada, recorríamos los inmensos pórticos de la soberbia columnata que circunda la plaza; contemplábamos el esbelto monolito egipcio descansando en cuatro puntos casi imperceptibles, sobre aquellos leones de bronce que no parecen agobiados de sostener la pesada mole; admirábamos el artificio de esa singular instalación de uno de los monumentos más notables que nos ha dejado la antigüedad.

Sería la media noche cuando nos retiramos á nuestro alojamiento. Difícil era conciliar el sueño, estando ocupada la mente y preocupado el espíritu con tantas y tan múltiples ideas.

Amaneció al fin. Dejamos el lecho y violentamente nos salimos á la calle. Nuestro deseo era visitar San Pedro por

el interior. Tomando la misma ruta que habíamos seguido la noche precedente, hasta el Castillo de San Angelo, nos detuvimos en frente de aquel soberbio mausoleo erigido por Adriano, uno de los emperadores de la Roma Antigua, para servirle de tumba y perpetuar su memoria en los siglos venideros. El ansia que teníamos por llegar á San Pedro, no nos permitió examinar mucho tiempo esa inmensa rotonda sobre la cual se levantaron construcciones por los Papas Bonifacio IX y Alejandro VI, para convertirlo en una gran fortaleza, cuyo destino ha conservado hasta el día.

Frente al castillo se abre el magnífico puente *Aelius*, construido en el año 136 de la Era Cristiana por el mismo emperador *Publius Aelius Trajanus Adrianus* para dar entrada al mausoleo y á los jardines que lo rodeaban. Merecía este puente una visita especial que dejamos para otro día, y continuamos nuestro camino llegando á la *Piazza Pia*, adornada con bellos edificios y una hermosísima fuente colocada en el vértice truncado de un cuartel triangular que está limitado por las calles del Borgo Nuovo y Borgo Vechio que desembocan como arriba dijimos, en la plaza de la Basílica Vaticana. Apresuramos el paso, y lamentando ir descubriendo parcialmente el grandioso edificio, llegamos á la plaza. Desde luego observamos que las gigantescas proporciones de la Basílica y su bello exterior exigían estar al descubierto en una muy considerable extensión para poder admirar en conjunto el templo á gran distancia. Si la demolición del cuartel comprendido entre los dos *Vorgos* llega á realizarse como trata de hacerlo el Ayuntamiento, la Plaza Pía será un buen punto de vista para gozar del asombroso cuadro que presentará el exterior de San Pedro con su magnífico atrio, su obelisco y sus fuentes.

Llegamos por último á la Basílica. No pudiéramos expresar la impresión que recibimos al hallarnos en el vasto y suntuoso pórtico de 70 metros de largo por 13 de ancho con una altura proporcionada; revestido de estuco y adornado con mármoles exquisitos. No pudimos pasar adelante sin recorrer el inmenso salón hasta llegar á la extremidad iz-



quiera, en donde está encerrada en un elegante vestíbulo la estatua ecuestre de Carlomagno, obra de Cornacchini; en el extremo opuesto á la derecha, hay otro vestíbulo igual en donde era visible otra estatua ecuestre también de Constantino el Grande, ejecutada por el Bernini; pero hoy se ha levantado un muro que la oculta, no pudiéndose ver sino por el interior del Vaticano.

Al fin entramos en la iglesia. Todos los grabados y vistas fotográficas que conocíamos anteriormente del interior de San Pedro, presentan muy distante de la puerta principal el gran baldaquino de bronce, debajo del cual se halla el altar que nombran de la Confesión. Ibamos preparados para observar el mismo efecto de óptica al entrar; pero quedamos sorprendidos al encontrar con que tropezábamos casi con aquel soberbio tabernáculo. Detuvimos asombrados, creyendo en nuestra alucinación que el baldaquino hallábase en otro sitio muy distinto del en que lo vemos colocado en las estampas; lo veíamos tan cerca que casi creíamos tenerlo al alcance de las manos. Echamos á andar y observábamos como que se alejaba. Con razón. ¡Distábamos de él más de cien metros! Llegados al pie del altar, es decir, junto á la balaustrada de bronce que circunda la escalera por donde se baja á la cripta, pudimos apreciar la extensión del edificio, la altura de la cúpula, las colosales dimensiones de las pilastras, de los arcos, de las cornisas, de los nichos, de las estatuas.....

Cerca de tres horas permanecimos allí absortos, embelesados. Todo creímos haberlo visto y de nada, sin embargo, podíamos darnos cuenta. En medio de aquellos inmensos muros, revestidos de mármoles y de mosaicos, y adornados con pilastras y con bajo-relieves y con frisos y cornisas; debajo de aquellas bóvedas cubiertas de mosaico también y decoradas con estucos y dorados; entre aquella numerosa población de estatuas colosales veíamos por aquí un altar, por allí un monumento, por allá una capilla; por todas partes encontrábamos bellezas de primer orden que admirar, por donde quiera nuestra vista se detenía en algún objeto

digno de ser contemplado largas horas; y el tiempo transcurría con rapidez y al cabo tuvimos que salir, pensando en que habíamos estado en San Pedro y no lo habíamos visitado; y salimos verdaderamente abrumados con el peso de tanta grandeza y fatigados de admirar tanta maravilla, y deseosos, sin embargo, de volver otra y otras veces para saciarnos en el goce de tantas y tan grandes bellezas.

Muchos de nuestros compañeros de Romería tuvieron el mismo pensamiento que nosotros, y fueron movidos por igual deseo, apresurándose á visitar San Pedro en las primeras horas de la mañana. Cuando entramos en la Basílica ya estaban allí muchos, y á cada momento veíamos llegar nuevos compatriotas. Desde muy temprano nuestros sacerdotes comenzaron á celebrar en los altares de las capillas. Muy agradable era para los mexicanos encontrarse en tan buen número bajo las bóvedas de la Metrópoli del Catolicismo. Acercábanse unos á los otros, y formando diversos grupos recorrían juntos el templo, comunicándose en voz baja sus impresiones. Nosotros seguíamos con la vista sus movimientos, observábamos su admiración y el asombro de que estaban poseídos, y se revelaba en su actitud y en las miradas de inteligencia que algunas veces nos cruzábamos.

Volvimos á nuestro alojamiento y hasta entonces pudimos hacernos cargo de cómo era la habitación que la amabilidad del Cónsul Angelini nos había proporcionado. No omitiremos describirla, porque con ello habremos dado una idea de como son la mayor parte de las casas de la Roma moderna. El Palacio Módena es uno de tantos hermosos edificios como hay y se fabrican diariamente en la ciudad de las bellas artes. En México podría servir de espléndida habitación á uno de nuestros más ricos capitalistas. La fachada de estilo greco-romano con cinco pisos que presentan la apariencia de sólo tres, por el artificio con que están repartidos, es bastante espaciosa y sus dimensiones tan bien proporcionadas, que no parece tener la elevación que realmente tiene de más de 20 metros. En el centro un elegante zaguán da entrada



al vestíbulo cuyas paredes están revestidas de estuco. Un arco de artísticas proporciones abre paso á un bonito patio decorado con sencillez y buen gusto, teniendo en el centro y frente al zaguán un nicho incrustado en la pared en el cual se halla colocada una buena estatua de estuco de tamaño colosal. A la izquierda está la gran escalera que conduce á la habitación principal, ocupada por el propietario, y corresponde al segundo piso. En el vestíbulo á la derecha se eleva una buena y cómoda escalera de mármol de Carrara; es la que lleva á las diversas habitaciones de alquiler que tiene la casa. En el descanso de cada uno de los tramos de la escalera, que corresponde á cada uno de los pisos de que está formado el edificio, hay dos entradas pertenecientes á otros tantos departamentos, que en el interior se hallan bien distribuidos y arreglados de tal manera, que las piezas principales tienen ventanas para la calle. El en que nos tocó alojarnos es de bastante amplitud y está decorado con buenos tapices en las paredes y bellas pinturas en los techos; los pisos son de mármol.

Esta casa puede considerarse como el tipo de las que se han construido recientemente y siguen edificándose en Roma. Nos llamó la atención en las fachadas el bello artificio con que los arquitectos distribuyen los pisos para que los edificios más elevados no presenten la apariencia de palomares, que tienen, verbigracia, la mayor parte de los de Nueva York. Hemos visto varias casas con seis pisos repartidos en tres cuerpos de esta manera. En el primero las tiendas con sus puertas de considerable altura para conciliar la luz y la ventilación. Un poco más arriba de las puertas y como sirviendo de un detalle de ornamentación, un orden de ventanas de regulares dimensiones; es un segundo piso que sirve de habitaciones para los comerciantes; sobre las ventanas y á distancia conveniente una gran cornisa que recibe el barandal ó balaustrado de los balcones del piso principal, que tienen una altura proporcionada á la de las puertas del piso bajo. Arriba de estos balcones otras pequeñas ventanas en la misma disposición que las que se abren en el

cuerpo inferior de la fachada, y corresponden á un cuarto piso. Otra cornisa superior sirve de base al tercer cuerpo, que tiene otra hilera de balcones para el quinto piso, de menor altura que los de la segunda división, y arriba de ellos se destaca otra cornisa que recibe la techumbre, y como ventilas ó respiraderos del techo otro orden de ventanas que dan luz á un sexto piso, cuyas piezas están bien alumbradas y gozan de buena ventilación. Con tan excelente sistema se satisface á la necesidad que hay en las ciudades más populosas de elevar mucho los edificios destinados para habitación, sin que lo resientan el arte y el buen gusto; hermoseándose muchísimo las calles con tan elegantes y bien dispuestas fachadas.

El resto del día lo empleamos en hacer algunos preparativos para la asistencia á la Misa Papal. Uno de ellos fué buscar á nuestro amigo Angelini, con quien teníamos que arreglar algunas cosas. Dirigímonos á la Vía Firenze. Aun cuando dimos al cochero el número de la casa, que es 30 bis, no podía dar con ella y tuvimos que bajarnos para buscarla personalmente. No tardamos en recibir una agradable sorpresa. Arriba del zaguán de un edificio como los que acabamos de describir, vimos un cuadro de forma elíptica ostentando nuestro escudo nacional con un lema que decía: "Consulado de los Estados Unidos Mexicanos." No nos es dado trasladar al papel la grata impresión que nos causó ver nuestro querido emblema patrio. Nos detuvimos á contemplarle un rato como si fuese la primera ocasión que le veíamos: saludamos desde allí á nuestro querido México, y nos apresuramos en seguida á entrar en la residencia del Cónsul, como si llegáramos á la de un compatriota, como si entrásemos en la de algún antiguo amigo mexicano. Llamamos á la puerta. Una señora de algo más de treinta años, gruesa, de regular estatura, color blanco, ojos vivos y alegres, nariz correcta, boca regular, entreabierta por una sonrisa permanente, salió á recibirnos y saludándonos afectuosamente por nuestro nombre, nos introdujo á la sala de recibir. Era la señora de Angelini, á quien habíamos tenido el gusto de ser



presentados la víspera en la estación. Esta apreciable matrona secunda admirablemente á su marido en sus atenciones á los mexicanos. Sentóse á hacernos los honores mientras D. Enrique llegaba, que no se hizo esperar. Angelini es un tipo medio italiano, medio español, con algo de modales de mexicano distinguido. De estatura poco más que mediana, color moreno, frente espaciosa, ojos expresivos, nariz aguileña; usa toda la barba crecida; pero la trae siempre arreglada cuidadosamente. Es natural en él la jovialidad y recibe á todo el mundo con la sonrisa en los labios; acostumbrado á frecuentar los palacios y á tratar con altos personajes en lo eclesiástico y en lo civil, es amanerado en sus modales y gasta ceremonias sin afectación, manifestándose respetuoso hasta con los iguales, á la vez que con los inferiores se muestra afable y cariñoso. No le falta, sin embargo, energía de carácter, y suele exaltarse mucho, cuando sufre alguna grave contradicción, ó cuando defiende la justicia ó el buen derecho.

Angelini nos recibió con agrado y con la amabilidad de un amigo de muchos años; conversamos con él un poco, arreglamos los asuntos que á él nos llevaban, y habiendo tenido que separarse de nosotros un breve rato, nos dió tiempo de observar lo que había en su sala de recibir y en la antesala. Esta se halla literalmente cubierta en sus paredes con pequeños cuadros que contienen retratos; la mayor parte son de mexicanos, y nos dió gusto ver allí en buena armonía á D. Benito Juárez, á D. Porfirio Díaz, á D. Manuel González y á otros varios generales republicanos y á muchos liberales exaltados, con el Arzobispo de México y con otros señores Obispos y no pocos eclesiásticos, así como otras muchas personas notables en las letras, en la política, etc.

Es aquella una numerosa colonia mexicana reunida por nuestro Cónsul, quien se manifiesta muy satisfecho de sus relaciones con nosotros, que á la verdad sabe cultivar admirablemente, prestando servicios á todo el que se le dirige por escrito ó en persona. En la sala de recibir está el retrato del general Díaz, el de Monseñor Guillo, el del Sr. Obispo



LIT. C. MONTAURIOL. MÉXICO.

EL CABALLERO D. ENRIQUE ANGELINI,  
CÓNSUL DE MÉXICO EN ROMA.